

# UN PARTO DE 10 AÑOS

*P. Iginio Tubaldo IMC*

Fue el 29 de enero de 1901 cuando Giuseppe Allamano fundó el Instituto Misionario de la Consolata. Llevaba casi una década trabajando allí, enfrentándose a todo tipo de dificultades. Figura importante y decisiva de la iglesia turinesa de mediados del siglo XIX y de los primeros veinte años del siglo XX, el Fundador es casi desconocido fuera de Turín y del Piamonte. Por otro lado, el Instituto de los Misioneros de la Consolata ha echado raíces sólidas en cuatro continentes. Esta es la historia de su turbulento nacimiento.

Mons. G. B. Ressa, compañero de clase y amigo de Allamano, dice de él: “Este fue el santo tormento de su juventud”. Nombrado rector del santuario de la Consolata en Turín, ya entre 1887-88, Allamano parece haber tenido en mente fundar algo en relación con las misiones. Tal vez la primera idea sea simplemente iniciar una obra misionera similar a la que existe en Génova (Collegio Brignole-Sale), que consiste en reunir a los sacerdotes jóvenes, prepararlos adecuadamente y luego ponerlos a disposición de Propaganda Fide para enviarlos a las misiones. Ciertamente, Allamano, con la colaboración decisiva del P. Giacomo Camisassa, después de meses de estudio, a principios de abril de 1891, tenía listo el estatuto o reglamento de un nuevo instituto misionero. Sabe que los pasos a dar van en dos direcciones: en primer lugar, en Roma, en Propaganda Fide, y en Turín, con su obispo, que en aquellos años era el Cardenal Gaetano Alimonda. Por diversas razones, piensa que debería tratar informalmente primero con Roma y, en caso de una opinión positiva, con su propio obispo.

En Roma, el Cardenal Simeoni, no solo se declara a favor, sino que le hace saber a Allamano que incluso sería mejor acelerar los tiempos. Siendo ese el caso, puede presentarse a su obispo. A finales de abril, Alimonda había ido a Génova para someterse a un tratamiento bastante exigente. Allamano le escribe, explicándole el plan en detalle. No ha habido respuesta de Génova. Sólo dos semanas después, una lacónica nota del secretario le informaba de que el cardenal no estaba en condiciones de atender sus asuntos por motivos de salud. El cardenal está enfermo, pero el verdadero problema es que las personas que le rodean le han presentado el proyecto de forma negativa. Además se sienten ofendidos. En primer lugar, porque Allamano consultó primero a Propaganda Fide y sólo después al obispo: ¿acaso quiere enfrentarse a este último con un hecho consumado? Y entonces, ¿es realmente apropiado pensar en un instituto misionero en Turín dada la escasez de clero? Además, ¿por qué habría de pensar en ello Allamano quien, como rector del internado eclesiástico, puede quitarle a la diócesis materias preciosas? Mientras tanto, el 30 de mayo de 1891 murió el cardenal Alimonda.

**¿POCOS O MUCHOS?** Al presentar su proyecto en Roma, Allamano escribe: “Durante muchos años he estado a cargo de la educación de los jóvenes clérigos de nuestra archidiócesis, y a menudo me he encontrado con seminaristas y jóvenes sacerdotes que me han expresado su deseo de dedicarse a las misiones...”. La escasez de clérigos, invocada continuamente para bloquear la iniciativa, es un mero pretexto. En el siglo 1800-1900, 3.759 sacerdotes fueron ordenados en Turín. Hay que añadir que de 1880 a 1900 también fueron ordenados 362 religiosos. No hay duda de que la escasez del clero, tan temida, es engañosa y hasta maligna en relación con Allamano. Sobre este tipo de dificultad, Allamano dirá: “Hay muchas quejas sobre la escasez del clero: lo cual, por otra parte, no es tan cierto entre nosotros”; “Siempre dije: 'Si hubiera un tercio o incluso la mitad de sacerdotes en Turín, seguiríamos adelante de todos modos'“. Y Camisassa: “El intento de la fundación fue mal visto y fue bloqueado con el pretexto de que el clero diocesano ya era demasiado escaso”. Ante tal situación, Allamano escribió a Roma:

“Tengo que esperar a un obispo que sepa elevarse por encima de las ideas que generalmente predominan”. ¡La expectativa era de diez años!

**EL DEBATE SOBRE LAS NUEVAS IDEAS.** Estamos en la época de la *Rerum Novarum* de León XIII (15 de mayo de 1891), con los intentos de los católicos de abrirse a los problemas sociales, particularmente graves en Turín, una ciudad de trabajadores. Uno se pregunta cuál debería ser la estrategia de los católicos: el catolicismo social, el corporativismo católico..., para llevar a discusiones acaloradas sobre el concepto mismo de democracia, democracia cristiana, socialismo cristiano. Son grandes problemas que, si bien entusiasman a los sacerdotes jóvenes, inquietan a los sacerdotes mayores y a muchos obispos. Como rector del internado eclesiástico, en contacto con los jóvenes sensibles a estos problemas, Allamano no se pone del lado de los sacerdotes atrapados en posiciones desfasadas, pero tampoco se pone del lado de los más agitados. Siempre desconfiaba de las polémicas, estériles y lacerantes, de esa confusa discusión de cuestiones insuficientemente maduras. ¿Hay algo que hacer? Debe hacerse, pero no en un polvo cegador, sino operando en favor de una síntesis superior. Es en este contexto de acalorados debates y contrastes que Allamano piensa en un instituto misionero, y lo piensa como algo más que una simple válvula de escape para un clero joven, exuberante y demasiado numeroso, que corre el riesgo de pisarse los dedos de los pies o agotarse en discusiones inútiles sobre los “sistemas superiores”.

**PIAMONTE DESCUIDADO.** En 1891 llegó el momento oportuno también por otras razones. El movimiento misionero en Italia está floreciendo. Fue un período en el que se reorganizaron las antiguas Órdenes y Congregaciones Religiosas, pero fue sobre todo el período en el que surgieron nuevas instituciones con fines exclusivamente misioneros. En orden cronológico, el primer instituto misionero italiano es el de las “Misiones Extranjeras” de Milán, fundado por iniciativa de los obispos lombardos (1850). Le siguieron el Colegio Brignole Sale Negroni para las Misiones Extranjeras de Génova (1852-1855), las Misiones Africanas de Verona o de los Hijos del Sagrado Corazón de Jesús (1867), el Seminario Pontificio de los Santos Pedro y Pablo para las Misiones Extranjeras en Roma (1867, 1871) y la Pía Sociedad de San Francisco Javier para las Misiones Extranjeras en Parma (1895). Y Allamano se pregunta: “¿Por qué sólo el Piamonte, donde florece el espíritu misionero, no ha de tener un centro propio, sin tener que recurrir a instituciones extranjeras o a congregaciones religiosas con votos?”. La Sociedad de la Propagación de la Fe (especialmente después de 1822), la Sociedad del Apostolado Católico a partir de 1835, la Sociedad del Rescate a partir de 1838, la Sociedad Antiesclavista de Italia a partir de 1888 y la Asociación Nacional de Ayuda a los Misioneros Católicos Italianos en el Extranjero, fundada por el senador y profesor Ernesto Schiaparelli (1928), florecieron en Piamonte y también en Turín. Hojeando los periódicos y la prensa misionera, también es posible documentar la vivacidad del avivamiento misionero. Baste decir que el primer periódico que lanzó un llamamiento en favor de las Misiones fue el *Amico d'Italia*, fundado en Turín en 1822 por el marqués Cesare Taparelli d'Azeglio. El movimiento misionero está, por tanto, muy desarrollado también en el Piamonte y en la diócesis de Turín, pero carece de una institución que canalice las vocaciones misioneras locales. Hay muchos elementos positivos para tal realización.

**EL COLONIALISMO, EL NACIONALISMO, EL EGOÍSMO.** Sin embargo, también hay contraindicaciones de un episcopado que no es suficientemente abierto y siempre temeroso de la falta de sacerdotes. Hay un aura de romance misionero de la epopeya y la leyenda que podría emocionar a las misiones. Pero, por otro lado, hay un sentimiento generalizado de pesimismo sobre la forma en que los europeos veían el “mundo pagano”, con los “salvajes” brutalizados en crueldad y superstición, con poco o nada que valorar y preservar. Sobre todo, como consecuencia de esta cacareada superioridad europea y de la ampliación de horizontes por exploración, es una buena dosis de colonialismo y nacionalismo. Además, en los territorios de misión, especialmente en África, existe otro tipo de monopolio muy serio, implementado por algunas órdenes religiosas que son los “amos” en las regiones que les han sido confiadas, resistiendo en todos los sentidos la mera posibilidad de que Propaganda Fide piense en desmembrarlas confiando una parte de ellas a las nuevas fuerzas misioneras que están surgiendo.

Las principales dificultades que Allamano tuvo que superar al principio fueron, de hecho, de carácter político (nacionalismo francés y también italiano; menos el inglés) y religiosas (resistencia de las órdenes francesas a la división de sus inmensos territorios).

**LEJOS DE LAS BIENAVENTURANZAS DE UNA VIDA CÓMODA.** Para favorecer al Allamano en la fundación está en primer lugar Camisassa, en perfecta complementariedad de funciones, sin la cual nada hubiera sido posible. También está el hecho de que Allamano es rector del santuario de la Consolata, lugar de encuentro de las fuerzas más vitales de la diócesis. Había logrado tejer a su alrededor una densa red de conocidos, con personas pertenecientes a diversas clases sociales, y con casi todos los sacerdotes de la diócesis, con hombres y mujeres del pueblo, de la burguesía e incluso de la aristocracia. De ahí una concepción completamente nueva de un instituto misionero, no siempre destacado, constituido por esta amplia base de personas que, de diversas maneras, acompañarían y sostendrían al cuerpo de misioneros.

Otro elemento positivo es el hecho de que Allamano, como rector del internado eclesiástico, está en contacto con muchos sacerdotes jóvenes, muchos de los cuales desean dedicarse a las misiones. Allamano lo repetía una y otra vez: “Tengo a mi alrededor todos los días sacerdotes jóvenes que me urgen”.

De todas las premisas del éxito, hay una en la que Allamano no piensa, pero que es la más importante: él mismo, su personalidad y la de Camisassa. Allamano era un hombre de salud débil, pero de carácter y voluntad fuertes; un hombre ordenado, metódico, reflexivo, un buen piemontés, que, como decía Antonelli, no pone dos ladrillos donde uno es suficiente, un amante de las montañas, que sabe superar las dificultades, respetando las estaciones y el estado de ánimo del cielo, con amplias miras, al menos suficientes para comprender si los frutos del árbol están maduros y si en una diócesis los sacerdotes podrían considerarse más que suficientes o escasos o mal comprometidos. Sobre todo, se hizo sacerdote para trabajar, y no para establecerse en la dicha de una vida cómoda. ¡Él mismo describe cómo podría haber fallecido como un “señor canónico”! De manera amena y tranquila: “Rezar el breviario, pasear, leer el periódico, sentarse a la mesa sin preocupaciones, echarse una siesta después del almuerzo; estar en paz como rector de la Consolata, protegido por un horario conveniente, escrupulosamente observado...” Convencido, sin embargo, de que una vida así lo habría llevado directamente a la... “perdición”.

**LIBERTAD Y ESTABILIDAD.** En 1891 Allamano y Camisassa redactaron el Reglamento de su Instituto. Se acompaña de un prefacio titulado ‘Esencia, Naturaleza y Finalidad del Instituto’, que presenta la idea original del Instituto en su estado puro en estos términos: “[...] se me ocurrió la idea [nótese el plural] de establecer una Sociedad en la que se reconciliaran en la medida de lo posible: la libertad de acción de los sacerdotes seculares [por lo tanto no es una congregación religiosa] y la estabilidad que las corporaciones religiosas ofrecen a sus individuos”. Los dos elementos fundamentales son, por tanto, la libertad y la estabilidad. En cuanto a la libertad, puesto que la actividad misionera es un apostolado difícil, se entiende que quienes, después de pruebas suficientes, no tienen ganas, pueden y deben partir sin vacilar en romper votos, promesas, juramentos. Los sacerdotes y laicos que entran en esta Sociedad misionera se comprometen con la promesa de trabajar en misión durante 5 años, renovables por otros 5 años, y solo después de 10 años pueden vincularse definitivamente a la Compañía.

Allamano y Camisassa no quieren que las personas estén atadas a los barrotes de una carreta por la fuerza, sino solo personas libres, generosas y decididas: “Si durante el quinquenio -dice el texto del Reglamento- veían que no podían soportar el nuevo tipo de vida, permanecían libres al final de los 5 años para volver a su patria, donde la Fraternidad les ayudará por todos sus medios, a conseguirles un oficio adecuado en sus diócesis”. En el caso de la adhesión definitiva, la Sociedad habría asegurado a sus miembros la estabilidad y la seguridad que las congregaciones religiosas garantizaban a sus miembros, incluso en caso de enfermedad y vejez. Otra característica fundamental es la regionalidad: los piemonteses pueden formar parte de ella. Esto es casi natural para los institutos misioneros en Italia, que es una nación unida desde hace algunos años, porque cada región tiene su propio instituto

(Véneto, Lombardía, Liguria, Emilia, Lacio), con la excepción, como hemos dicho, del Piamonte y el sur de Italia. En cuanto a la regionalidad, la intención de Allamano es muy clara: “El objeto de esta disposición -dice el Reglamento en el art. 13 - es acrecentar entre los misioneros el espíritu de unión y de estímulo mutuo que en regiones lejanas es más frecuente entre los que tienen la tierra en común. Además, los misioneros, que son miembros de esta Sociedad, por las mismas razones, no deben estar dispersos, sino que deben trabajar en las mismas localidades, estar juntos y ser gobernados por sus propios superiores. Todos aquellos que tienen la oportunidad de leer este Reglamento, incluido el Prefecto de Propaganda Fide, lo aprueban plenamente. Desgraciadamente, con la muerte del Cardenal Alimonda y la oposición existente en la Curia, el proyecto permaneció en hibernación durante diez años. Cuando, en 1897, Agostino Richelmy (1850-1923), compañero de clase y amigo de Allamano, fue nombrado arzobispo de Turín, gran devoto de la Consolata y abierto al mundo misionero, el proyecto se reanudó, sin hacer ningún cambio con respecto a cómo había sido concebido en 1891.

**¡BENDITA HERENCIA!** El proyecto fue revivido en 1899, inmediatamente con un serio “contratiempo”. En enero de 1900 Allamano cayó gravemente enfermo, tanto que perdió la esperanza de sanar. Sanó inesperadamente el 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales. Diez años más tarde, el propio Allamano, refiriéndose a su recuperación, diría: “Ya había hablado antes con el Cardenal Richelmy del Instituto que se iba a fundar, y yo sabía que iba a morir, le dije: “Para que ahora alguien más se ocupe del Instituto”. Y le dije que estaba contento, tal vez por pereza de no llevar semejante carga. El cardenal, sin embargo, respondió: “No, serás curado y lo fundarás tu” (24 de abril de 1910). Y agregó: “Cuando estaba a punto de morir, prometí que, si me curaba, fundaría este Instituto. Yo, por mi parte, no estoy muerto para entonces. El Señor me dejó en este mundo. Por lo tanto, habiendo obtenido la curación de la enfermedad mortal, había que hacer la fundación: que estaba curado no podía negarse” (24 de abril de 1910).

Otros factores de cierta importancia empujan en esta dirección. El 24 de octubre de 1898, muere en Turin Mons. Angelo Demichelis y nombra a Allamano como heredero universal de todos sus bienes, que no son pocos, incluida la sede de un Instituto Magistral en Turín y una villa en Rivoli. Un año después, el 20 de noviembre de 1899, muere el Ing. Edoardo Felizzati, hijo espiritual y amigo de Allamano. Siendo el rector del santuario de la Consolata, le había confiado su intención de iniciar una obra en favor de las misiones, Felizzati se había mostrado dispuesto a convertirse en uno de los primeros miembros. Moribundo, incapaz de hacer otra cosa, deja a Allamano heredero de su propiedad. Además de su patrimonio personal, compuesto por la herencia de su padre, la de su tío, párroco de Passerano, el sueldo de rector y el beneficio de canónigo (en 1904 también entró en posesión de la herencia del abad Luigi di Robilant), con la herencia de Mons. Demichelis y el Ing. Felizzati, se ve empujado, casi por una especie de ley de gravedad que incluso posee el dinero, a hacer algo. Además, había un deber de gratitud por la curación obtenida y el sentimiento de verse envuelto por la benevolencia y la confianza de tantas personas, también dilatadas por esa especie de instinto interior o simpatía por las misiones que lo habían acompañado desde joven. Convaleciente en Rivoli, el 24 de abril de 1900 informó al Cardenal Richelmy, que tiene la intención de seguir adelante con la fundación, siempre que el cardenal esté de acuerdo. Más que estar de acuerdo, responde Richelmy. Aunque el Instituto de los Misioneros de la Consolata podría considerarse fundado en 1900, porque los obispos del Piamonte, reunidos en conferencia en el santuario de la Consolata los días 12 y 13 de septiembre de 1900, habían dado su aprobación y porque el Cardenal Richelmy había aprobado y bendecido el nuevo Instituto el 12 de octubre de 1900, la fecha oficial de fundación, por voluntad expresa del Arzobispo de Turín, es el 29 de enero, 1901. La primera sede del Instituto fueron los edificios dejados a Allamano por Mons. Demichelis, convenientemente adaptado. La inauguración de la sede tuvo lugar el 18 de junio de 1901.